

Ocultada la Verdadera Identidad del Sucesor

El Tapadismo, Juego Perverso

- ★ Lucha Sorda, en la Oscuridad; no hay Disciplina
- ★ Surge un Candidato sin Poder ni Ideario Propio
- ★ Sólo la Banda Presidencial Revela su Naturaleza

LORENZO MEYER

Una de las peculiaridades de nuestro sistema político, es que, hasta ahora, la verdadera identidad del "tapado" no se conoce al ocurrir el "destape" sino tiempo después, cuando ya es tarde para reaccionar.

Cuando el presidente saliente ha dado la señal y la maquinaria imparable del gran partido del Estado se ha echado a andar, el ciudadano común empieza a conocer algo, pero no mucho, sobre la verdadera naturaleza y proyecto político de quien va a ser el siguiente presidente. Así ha sido hasta ahora y nada indica que vaya a ser distinto. En efecto, el "destape", el curriculum oficial que publica la prensa, y los discursos y gestos de la campaña electoral que le sigue, no permiten revelar la verdadera e íntima identidad de quien hasta poco antes sólo era un leal y fiel colaborador e intérprete del "Señor Presidente". La

auténtica naturaleza del personaje surge sólo a partir del momento en que el ex "tapado" se cruza en el pecho la banda presidencial. Es entonces cuando se rompe la última fibra del cordón umbilical que por mucho tiempo le unió a quien le permitió llegar a la cúspide del poder. Entonces, y sólo entonces, queda auténticamente destapado el que fuera "tapado".

Otra manera de plantear el mismo fenómeno, es la siguiente. Para el público mexicano, al "destaparse" al candidato presidencial del partido en el poder —ganador sistemático de todas las elecciones, independientemente de lo que digan las urnas—, éste es un personaje sin mayor identidad propia, pues hasta ese momento no le ha sido conveniente forjarse una. Por ello, aún destapado, el "tapado" sigue siendo básicamente un desconocido para la mayoría, pues desde hace tiempo la carrera de los que han logrado ser candidatos presidenciales del partido que monopoliza el poder, se ha hecho siempre a la sombra de otro. Antes de ser presidente han tenido sólo una autoridad delegada, por ello no se sabe cómo van a actuar cuando reciben lo que nunca han tenido: poder propio, auténtico.

En nuestro sistema político, hasta el momento del "destape" e incluso durante la frenética campaña electoral que le sigue, el que va a ser presidente ha carecido en gran medida de un perfil político propio. En el autoritarismo mexi-

cano actual, para lograr la candidatura máxima del partido del Estado, es indispensable desde el principio de la carrera, asumir como propios los valores y estilos de hacer política de los diferentes protectores que se necesitan para entrar y prosperar en los círculos del poder. Y esto es particularmente cierto en el caso del más exigente e importante de todos los protectores: el presidente saliente. Quizá se pueda encontrar alguna excepción a las generalizaciones anteriores, pero será la excepción que confirme la terrible regla.

Hace ya buen tiempo que no llega a la presidencia de México alguien que, desde el principio o en algún punto crítico de su carrera política, hubiera sido capaz de mostrar un valor político propio, una independencia de criterio, como fueron, desde luego Juárez o Madero, y a otro nivel, Carranza u Obregón, o incluso Calles o Cárdenas. Todos ellos, en algún momento, se jugaron el todo por el todo, incluso la vida, en aras de sus proyectos políticos.

Una vez que maduró el sistema político creado por la Revolución mexicana, el típico miembro de la élite política es un burócrata —secretario de Estado, director de gran paraestatal, gobernador e incluso líder de organizaciones de masa— que ingresó a ese círculo, no tanto por contar con un poder propio, por representar algo más allá de su propia persona, sino por haber logrado el favor de quien ocupaba el escalón superior en la gran pi-

ramide que tiene en la cúspide al presidente de la República. La ausencia de poder e ideario propio, es una de las "cualidades" que los presidentes buscan entre quienes van a ser parte del círculo íntimo, pues la dependencia absoluta respecto del presidente asegura su incondicionalidad. Este mimetismo de los miembros de la "familia presidencial" con el jefe puede resultar muy funcional para el poder presidencial, pero no para una vida cívica sana.

En virtud de lo anterior, es comprensible pero no aceptable, que hasta que no tiene directamente en sus manos el timón de la nave del Estado, el nuevo presidente no da a conocer sus verdaderos colores. Por tanto, al tiempo de la elección, los gobernadores carecen de elementos suficientes para evaluar en el momento oportuno las debilidades y fortalezas de quien les va a gobernar. Es más, la sombra protectora e inhibitoria del que fuera el jefe y guía del candidato del partido oficial, no sólo hace difícil para el común de los ciudadanos desentrañar el misterio que se esconde detrás de la personalidad artificial del candidato, sino que hay evidencia que el disfraz que el tapado tuvo que usar a lo largo de su carrera, pudo ser tan perfecto que engañó al propio presidente que le designó su sucesor. El ejemplo clásico es la sorpresa que se llevó Gustavo Díaz Ordaz al descubrir que había entregado el mando a un Luis Echeverría que desconocía, uno muy distinto de aquel Echeverría callado y aparentemente reflexivo y dado a la introspección, que había sido su fiel secretario de Gobernación.

En un sistema presidencial genuinamente democrático, los diferentes aspirantes a ser postulados como candidatos dentro de cada uno de los partidos,

pueden y deben anunciar abiertamente sus ambiciones presidenciales, y también de manera abierta deben buscar y comprometer el apoyo no sólo del presidente saliente —en caso de que se trate del partido en el poder— sino además y sobre todo, de los líderes de las diferentes facciones o corrientes dentro del partido, y de sus correligionarios en general. En este proceso, como en la lucha partidista posterior, los puntos fuertes y débiles de cada uno de los aspirantes son sometidos a la discusión pública, y públicamente se examina su plataforma, se le contrasta con las acciones pasadas del candidato y se le compara con las opciones disponibles. De esta manera, al llegar el momento de la elección, los candidatos no son, como en el caso mexicano, los desconocidos de siempre. En los sistemas democráticos actuales la información pública sobre precandidatos y candidatos abunda y llega al exceso, como es, por ejemplo, la que se refiere a las relaciones extramaritales de algunos candidatos presidenciales norteamericanos. Nada, ni remotamente parecido a ese examen de los aspirantes a la presidencia, se ha dado en México desde hace mucho tiempo, entre otras cosas, porque no existen los elementos para hacerlo. ¿Cómo saber quiénes, realmente son, por ejemplo, Manuel Camacho, Pedro Aspe o Luis Donaldo Colosio? Siempre han funcionado políticamente por cuenta de alguien más, incluso cuando formalmente han sido líderes, como fue el caso de Colosio al frente del PRI. Esa ausencia de elementos de juicio, es uno de los más claros indicadores de la antidemocracia y subdesarrollo político en que vivimos.

En México hay un partido de Estado que, desde su creación, ha monopolizado su dominio sobre la

presidencia. Al interior de esa organización la lucha abierta hace tiempo que desapareció, y en la actualidad ninguno de los aspirantes a suceder al presidente en funciones osa expresar abiertamente sus aspiraciones, por temor a que en ese acto se vea un desafío a la autoridad presidencial. Sin embargo, el que los aspirantes no se **manifiesten como tales** y no impulsen su candidatura a la luz del día, no significa que en realidad se mantengan quietos, disciplinados, y en resignada espera a que el presidente anuncie a quién está dispuesto a transferir su poder. No, la lucha interna en el partido del Estado se da, es inevitable, pero desafortunadamente se trata de una lucha sorda, donde los cuchillos buscan que la oscuridad opaque el brillo del acero, mientras a la luz del día todo es falso espíritu de cuerpo, desinterés, y franciscano desdén por el poder y la gloria.

En los orígenes del sistema —cuando el PRI era apenas el PNR— la situación era bastante distinta. Obviamente tampoco entonces había democracia real —desde el principio la oposición al partido del Estado fue inexistente o aplastada—, pero al menos los aspirantes a candidatos presidenciales de la “familia revolucionaria”, tenían el valor de anunciar abiertamente sus aspiraciones y asumían el riesgo que ello implicaba. El general Aarón Sáenz, por ejemplo, llegó a la primera convención del PNR en Querétaro en 1929, no como un “tapado”, sino como el precandidato favorito de los 950 delegados del partido que estaba por nacer. Como todos sabemos, Sáenz debió beber el vino amargo de la derrota cuando el “voto de calidad” del general Plutarco Elías Calles —el “Jefe Máximo”—, dio la victoria al precandidato más oscuro y con menos apoyos

hasta ese momento: Pascual Ortiz Rubio. En la siguiente ronda, la lucha dentro del PNR se inició a principios de 1933, y la disputa se dio de manera aún más abierta que antes, entre los generales Lázaro Cárdenas y Manuel Pérez Treviño. Ambos abrieron oficinas para promover sus precandidaturas, y abiertamente buscaron el apoyo

de diputados y senadores, de gobernadores y de líderes de las organizaciones de masas identificadas con el PRN (que no eran muchas), y, desde luego, ambos solicitaron el apoyo del “Jefe Máximo”. Al final, el voto decisivo de Calles favoreció a Cárdenas, pero no antes de que un buen número de miembros de la familia revolucionaria se hubieran comprometido abiertamente con uno de los dos precandidatos, y los perdedores pagaron el precio. Situaciones algo similares se repitieron en las siguientes sucesiones, pero con el paso del tiempo, el aumento del poder presidencial acabó por poner fin a la contienda interna abierta y cerró la pequeña ventana que aún quedaba abierta al pluralismo.

En los años cincuenta, con el presidencialismo en su apogeo, el péndulo osciló al otro extremo y ahí se quedó. Con el sorpresivo “destape” de Adolfo López Mateos en 1957, todos aprendieron la lección que impartió el presidente Ruiz Cortines: de ahí en adelante, lo mejor que podían hacer los miembros del partido en el poder que aspiraban a recibir el apoyo del primer prífista —el del Presidente— era negar en pú-

blico su aspiración a la presidencia e insistir que su única ambición —y máximo honor— era continuar sirviendo “al Señor Presidente” hasta el último minuto de su mandato. La hipocresía fue elevada entonces a la categoría de gran política... y ahí sigue.

Ya como candidato del PNR, Lázaro Cárdenas no ocultó sus proyectos, pues

usó al primer Plan Sexenal como plataforma de campaña; y si pocos creyeron entonces que el general michoacano efectivamente se proponía revivir la reforma agraria, nacionalizar los recursos naturales y apoyar al movimiento obrero, no fue porque Cárdenas no lo hubiera anunciado. Sin embargo, a partir de entonces las campañas también dejaron de servir como indicador de lo que el candidato realmente se proponía hacer después de asumir el poder. Ya como presidente, Manuel Avila Camacho no le dio mayor importancia al segundo plan sexenal y que había sido su plataforma de campaña; ese plan tenía elementos cardenistas y Avila Camacho no lo era. Miguel Alemán, como candidato, hizo constantes referencias a la necesidad de una reforma democrática, pero una vez en el poder, se olvidó del tema, pues no se encontraba en su proyecto verdadero. El actual presidente, cuando era candidato, dijo muchas cosas pero no que el Tratado de Libre Comercio y el “liberalismo social” serían dos de los grandes ejes de su sexenio; su verdadero programa no se conoció ni al leerse su currí-

culum en el momento del destape, ni al escuchar sus discursos de campaña, sino después de la toma de posesión, cuando sobre la marcha nos fue dando las noticias de la integración con Estados Unidos y la definición de “liberalismo social”.

En conclusión, para impulsar seriamente el supuesto tránsito de México

del autoritarismo a la democracia, sería saludable, entre otras muchas cosas, que el del Estado juego obscuro del “tapadismo” —propio de un sistema de despotismo oriental y no de una democracia moderna— desapareciera y apenas quedara como recuerdo de un pasado premoderno. Por tanto, sería muy útil a la supuesta democratización mexicana, que los actuales aspirantes a candidatos presidenciales del gran partido de Estado —Camacho, Aspe, Colosio y cualquier otro que se considere con posibilidades— renunciaran pronto a sus puestos, abiertamente asumieran las consecuencias de una legítima ambición, y en el proceso nos mostrarán que efectivamente son políticos con ideas y capacidades auténticas, y no meros, y pálidos, reflejos de la voluntad presidencial. Pero como en realidad estamos muy lejos de ser lo modernos y democráticos que el discurso del poder dice que somos, el tapadismo va a seguir. Y cuando el Presidente tenga a bien dejarnos saber a quién designó como sucesor, éste volverá a ser el desconocido de siempre, con los riesgos que ello implica.